

Lincoln

Escribe: ABELARDO FORERO BENAVIDES

La grandeza de un hombre la señala la causa que defiende. Al meditar ante la serena efigie de Lincoln, que lleva un nombre bíblico, Abraham, con sus grandes ojos absortos, los cabellos en desorden, la alta frente, como una cúpula, la barba que enmarca el rostro noblemente plebeyo, el lacio corbatín descuidado, la leontina de oro sobre el terciopelo del chaleco y las dos grandes manos que se escapan, como ajenas, de la estampa enlutecida —que en otro tiempo manejaron el hacha y ahora caen pesadas sobre los papeles del Estado en vigilia— lo primero que se nos pone en evidencia es la extraña fuerza moral que irradia de la melancólica figura.

Su significación en la historia no es diferente. Lincoln sobrevive después de un siglo en la memoria de los hombres, porque realizó la unificación de la nación americana, alrededor de un principio moral. Una gran fortuna para su pueblo. La propia guerra de la Independencia, suscitada por el impuesto del timbre y el lanzamiento de un millar de sacos de té a las aguas del mar, como protesta contra los impuestos decretados por el rey Jorge, carece de la nuda significación moral de la gran batalla emprendida por Lincoln ante la amenaza de la secesión. Gracias a él se mantuvo la unión de los Estados federados alrededor de un principio. Esa aglutinación no se hizo para realizar un codicioso plan de conquista, ni bajo el látigo de un monarca temerario, ni con el fin de despojar a los vencidos, sino con el más noble de los objetivos: la justicia. En la historia raras veces se da este ejemplo, de un pueblo desgarrado en el proceso de su consolidación por una razón moral. Esa razón de existir la suministró con su palabra y su martirio el Presidente. Lincoln constituye la aureola ética de la nación americana y esa misma aureola la palpamos en la inmensa, magra y blanca figura de mármol, que preside con serenidad los destinos incógnitos.

Hablemos primero de la nación:

Dice Tocqueville en su admirable libro *la Democracia en América*:

“Los emigrantes que vinieron a establecerse sobre las costas de la Nueva Inglaterra pertenecían todos a las clases pudientes de la madre patria. Su reunión sobre el suelo americano presentó desde los comienzos

el singular fenómeno de una sociedad en la que no se encontraban ni grandes señores, ni pueblo, por así decirlo, ni pobres, ni ricos. Había, proporciones guardadas, una más grande masa de luces, extendida entre esos hombres, que en el seno de ninguna nación europea de nuestros días. Todos, sin exceptuar posiblemente uno solo, habían recibido una educación bastante avanzada y muchos dentro de ellos se habían hecho conocer en Europa por sus talentos y sus ciencias. Las otras colonias habían sido fundadas por aventureros sin familia. Los emigrantes de la Nueva Inglaterra aportaban admirables elementos de orden y de moralidad. Y se iban al desierto acompañados de sus mujeres y de sus hijos. Pero lo que los distinguía sobre todo, de los otros, era el fin mismo de su empresa. No era la necesidad lo que los forzaba a abandonar su país. Allí dejan una posición social apreciable y medios de vivir seguros. No pasaban al nuevo mundo a fin de mejorar su situación o de incrementar sus riquezas. Se arrancaban a las dulzuras de la patria para obedecer a una necesidad puramente intelectual. Exponiéndose a miserias ineluctables del exilio querían hacer triunfar una idea”.

“Los emigrantes, o como se llamaban ellos mismos, los *peregrinos*, pertenecían a la secta de Inglaterra a la cual la austeridad de sus principios había dado el nombre de *puritana*. El puritanismo no era solamente una doctrina religiosa. Se confundía en muchos puntos con las doctrinas democráticas y republicanas más absolutas. Perseguidos por el gobierno de la madre patria, heridos en el rigor de sus principios, por la marcha diaria de la sociedad en la cual vivían, los puritanos buscaban una tierra tan bárbara y abandonada del mundo, donde fuera permitido, vivir a su manera y rogar a Dios en plena libertad...”.

Los puritanos imprimieron su sello a la que había de ser la nación americana, constituyeron el núcleo determinante y activo de las llamadas “plantaciones”, las trece colonias del litoral atlántico.

En el espacio de un siglo florecieron milagrosamente las ciudades y los puertos, el comercio y la agricultura. La poderosa vitalidad de la raza que inicialmente se había instalado en una levísima franja a la orilla del océano, penetró en las selváticas regiones, incorporándolas a Dios, al alfabeto y a la riqueza. Se luchó bravíamente contra la ventisca y contra la selva, aproximándose a los puestos coloniales que el empuje francés, por su lado, había levantado en la otra orilla del Missisipi.

Para las grandes plantaciones de algodón y de tabaco se necesitaban brazos. Y en la fiebre de expansión vital los colonizadores volvieron sus ojos hacia el Africa, ominosa e inexhausta cantera.

Europa no había querido nunca, a lo largo de los siglos, valerse del trabajo esclavo y colocar en la infraestructura de sus sociedades a una raza abatida y sumisa. Pero en el proceso de colonización no tuvo escrúpulos en organizar sistemáticamente la inmigración y el transporte de las legiones de esclavos, compradas en el Africa, para venderlas a los grandes explotadores de la riqueza colonial.

LAS FUENTES DE LA ESCLAVITUD

El Atlántico estaba continuamente poblado por veleros que a lo lejos se mecían graciosos e inofensivos al compás de las ondas. Pero si alguien se aproximara a ellos y vaciara ante sus ojos las imágenes retorcidas en el fondo de las bodegas y la carga hacinada, descubriría los trenzados racimos de la miseria humana.

Centenares de negros, con grandes ojos espantados como los de los antílopes, hercúleos biceps y sonrisa de fiera resignada, se apretujaban, como sombras entrelazadas.

Habían llegado de la Costa de Marfil, cazados, seducidos o comprados por los traficantes. ¿De dónde venían...? Del fondo de las selvas del Congo, o de los tórridos soles húmedos del Senegal, o sorprendidos en la embriaguez de una lúbrica danza. Los negros. ¿Sabían que eran hombres...? Ignoraban hacia dónde eran conducidos. ¿Qué les decía esa palabra... América?

“Las grandes fuentes de esclavos destinadas a las plantaciones, eran Sierra Leona, Costa del Grano, Costa de Marfil, Costa de los esclavos, Camerún, Loango”, según Bonell Phillips. Había toda clase de negros. “Los hotentotes, criadores de ganados. Los bosquianos, de cultura inferior, pobre, nómade. Los negros del Cuerno oriental, que ya habían establecido contactos con la cultura mahometana. Los negros del Sudán, influídos directamente por la región mahometana. Finalmente los bereberes del desierto”. (Gilberto Freyre. *Casa grande y senzala*).

De esta manera en la provincia de Virginia —bautizada así en honor de una reina que presumía ser virgen— comenzó a fundarse un nuevo tipo de sociedad. Arriba los grandes ricos instalados con ostentoso lujo, que enviaban sus hijos a educarse a Oxford, más abajo los comerciantes enriquecidos y los pequeños colonos en ascenso, y en el subterráneo la inmensa masa prolífica y fecunda de los negros, sin derechos y sin esperanzas.

Varios negocios prosperaban alrededor de los negros: el primero, el de comprarlos en el Africa y transportarlos a América. El segundo, el utilizarlos en las grandes plantaciones. Y el tercero, el de criarlos, en rebaños cobrizos, como se cría el ganado, para venderlos al mejor postor. Esta energía de sangre negra, indispensable para mover la economía agrícola de las colonias, sufría oscilaciones en el mercado. Ascendía su valor en tiempo de cosecha y cuando se ampliaban los trabajos de los colonizadores audaces. Un negro representaba aproximadamente una suma de doscientos cincuenta dólares.

La sociedad así organizada prosperó de manera inaudita. La amenaza de los franceses que colonizaron el Canadá y querían abrir una ruta hacia el golfo de Méjico, a través de los grandes lagos y de la cuenca del Misisipí, fue liquidada en la guerra de los siete años, conducida implacablemente contra Francia, por el ministro William Pitt y por el rey Federico II de Prusia.

TODOS LOS HOMBRES NACEN IGUALES

Las colonias han obtenido su independencia en una guerra atrevida contra los impuestos del rey Jorge. Para adelantar esa guerra se levantó como previa bandera la Declaración de Independencia. El principal inspirador fue Jefferson: "Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales. A todos les confiere su Creador ciertos derechos inalienables, entre los cuales están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad. Siempre que un gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a abolir o reformar esa forma de gobierno...".

Todos los hombres nacen iguales, dijo la declaración histórica de Filadelfia, mucho antes que la de los revolucionarios franceses. Esa declaración iba a aglutinar a los americanos en su lucha contra el inglés. A los pocos granadinos que la leyeron les abrió los cándidos ojos a inéditas posibilidades. A los reformistas franceses les señaló un camino, que habría de abrirse en 1789.

¿Pero se cumplió esa declaración...? Las doce colonias que la firmaron y que ahora se compactan bajo el vínculo de la Unión, tenían muy bien diseñada su propia personalidad. Cada una de ellas afrontaba problemas de distinta índole y organizó sociedades con estructuras diferentes. Y todas ellas, como legado tradicional, aspiraban a gobernarse por sí mismas, respetándose mutuamente su manera de pensar y enfocar determinados problemas. Por esa razón se había adelantado la guerra de la independencia. El Pacto Federal tenía que respetar obligatoriamente la estructura de cada uno de los Estados que habían adherido como socios libres y que no firmaron la constitución delegando en el poder central la totalidad de la soberanía, sino tan solo aquella parcela relacionada con la seguridad exterior. Eran en todo lo demás, autónomos e iguales.

Y los problemas que venían de atrás, se mantenían dentro de la república. Muchos de los nuevos Estados habían organizado su economía sobre el trabajo servil. Y no entendían que al hablar de la igualdad de los hombres, en la declaración, ese concepto podría ser extensivo a los negros. Estaban decididos a mantener la esclavitud, a la cual se hallaban ligados cuantiosos intereses.

Unos podían autónomamente proscribirla. Pero los que quisieran mantenerla, no estaban obligados a ello por ningún mandato constitucional.

Es más... La Corte de Justicia declaró solemnemente, "que los negros no pueden hacerse ciudadanos de los Estados Unidos, ni quejarse delante de las cortes federales, que la Constitución de los Estados Unidos reconoce los Estados como una propiedad y solicita al gobierno federal defenderla". Toda ley prohibitiva de la esclavitud, debe considerarse como anticonstitucional.

LA APARICION DEL LEÑADOR

Entonces es cuando aparece, por primera vez, en la grande escena de la historia americana la figura de Abraham Lincoln.

Este humilde hijo de Kentucky, había llevado en sus comienzos, “una vida solitaria en los bosques, regresando de sus pobres diversiones hacia su casa triste. No habló jamás de esos días a sus amigos más íntimos. De todo aquello que ayuda a la cultura de un espíritu joven y que hoy se encuentra en toda casa al alcance de los niños no conoció absolutamente nada... Libros, juguetes, juegos ingeniosos, devoción cotidiana del amor de los padres...”.

Sus únicos amigos fueron los árboles. Recorría, desmirriado, los húmedos senderos agrestes, familiarizado con la música del silencio, con la lluvia, la penumbra, la noche, la soledad, meditando a solas sobre los hombres. La naturaleza fue su primera maestra. ¿Alcanzó a advertir en una de esas tardes, con el hacha sobre el hombro, la estrella de su destino...? Otro hombre, contemporáneo suyo, emergido también del seno agreste de la América, comenzaba a cantar:

*Me voy solo de caza por los montes lejanos y solitarios.
Camino asombrado de mi ligereza y mi alegría.
Al caer la tarde busco un sitio seguro donde pasar la noche,
enciendo una hoguera,
aso la pieza que acabo de cobrar,
y me duermo sobre un montón de hojas secas,
con el perro y la escopeta a mi lado.*

*Soy de una nación gigante formada de muchas naciones,
y donde las pequeñas valen lo mismo que las grandes,
soy del norte y del sur,
soy del ranchero desenfadado y hospitalario,
que vive allá abajo junto a las aguas del Oconí.
Soy el yanqui libre en su camino.*

.....

*Soy el hombre de Luisiana y de Georgia,
soy el botero que navega por los lagos,
por las bahías y a lo largo de las costas,*

.....

*estrecho la mano del barquero
y como y vivo con los que trabajan en las minas.
Tengo el color de todas las razas y el prestigio de todas
| las castas.*

*Pertenezco a todos los rangos y a todos los credos.
Soy labrador, mecánico y artista,
caballero, cuáquero y marino,
un prisionero, un iluso y un tunante,
abogado, médico, presbítero.
No soy orgulloso
estoy en mi sitio solamente...*

Y Lincoln fue también abogado. Iba a serlo de la gran causa. Convertir en hechos de vida, las frases de la Declaración de Filadelfia: todos los hombres son iguales.

El abogado de los negros, el apoderado de sus derechos. Quería rescatar, en una democracia mutilada, toda la inmensa masa de dolor y de ébano, traída desde las selvas del Congo y de Etiopía, proliferada en Virginia, en la Luisiana y en Carolina del Sur, sometida a un nuevo feudalismo. Racimos humanos en los algodones bajo el látigo del capataz, carnes maceradas y dolientes, del color del tabaco. Perseguidos por la justicia, sin protección, ni derecho, ni jueces, ni Habeas Corpus.

Y se enfrentó a Douglas.

“La esclavitud tiene por base el egoísmo de la naturaleza humana. La oposición a ella se basa en amor a la justicia. Estos principios están eternamente en pugna y cuando llegan a encontrarse con la fuerza, como la que provoca la extensión de la esclavitud, no pueden menos de producir incesantes choques, espasmos y convulsiones...”.

“La diferencia está entre los hombres que creen que la esclavitud es una injusticia y los que creen que no lo es. El partido republicano la cree injusta. Nosotros creemos que es una injusticia moral, social y política. Creemos que es una injusticia que no se limita a los habitantes de los Estados donde existe, sino que es una injusticia que en su tendencia afecta a toda la nación. Precisamente porque creemos que es injusta, proponemos una política que la trate como injusticia que es. Si hay alguien entre nosotros que no crea que la esclavitud es injusta, en los tres aspectos que he mencionado, ese tal está fuera de su lugar y tiene que salir de nuestras filas...”.

Douglas contestaba:

“Si cada Estado se limitara a ocuparse de sus propios asuntos y dejara tranquilos a sus vecinos, esta república podría subsistir para siempre dividida en Estados libres y esclavistas, como lo hicieron nuestros padres y lo decidieron los pobladores de cada Estado”.

Están enfrentadas las dos tesis. Lincoln considera que la supervivencia de una injusticia, consentida por una parte de la nación, en un territorio cualquiera de la nación mancilla a toda la nación, la hace cómplice de esa injusticia. No puede vivir tranquilo dentro del ámbito de un Estado que ha abolido esa antihumana desigualdad, cuando sabe, que unos kilómetros más allá, bajo la protección de las leyes americanas esa situación bárbara existe. Ningún americano, con sentido de la justicia la puede tolerar. La justicia es indivisible.

Pero podía agregar, y esa es la razón fundamental de la crisis:

No es posible que una parte de la nación sea esclavista y otra no lo sea. No es posible establecer la paridad entre los Estados que reclaman su derecho para mantener la esclavitud y los que se sirvieron de su libertad para repudiarla. Por varias razones:

La esclavitud tiene su fuerza expansionista. No ha de limitarse a las zonas que la han acogido en su seno y tiende a desbordar las fronteras estatales. Es un negocio y como todo negocio tiene su ímpetu expansivo.

Es un mal y como todo mal tiene su poder de contagio. Hay Estados que se hallan divididos por mitad y geográficamente, entre partidarios de la esclavitud y sus enemigos.

Se ha trazado una absurda línea de acuerdo con la cual el río Ohio demarca las fronteras: en una de sus orillas el esclavo negro gime, añorando el Africa, se vende como las bestias de carga, agobiado con su tristeza milenaria. Del otro lado, ya ha perdido las cadenas. Es un hombre libre o por lo menos un liberto.

Pero, ¿es enteramente libre...? Existe una ley monstruosa que se llama "la ley de los esclavos fugitivos". El esclavo que huye del Estado que consagra su servidumbre y que lo considera como parte defensible del derecho de propiedad, al pasar a un Estado abolicionista puede ser perseguido por su dueño, su amo o sus agentes. Y debe comparecer ante la justicia, identificarse, entregarse y ser entregado de nuevo a su dueño, para que continúe su vida bajo las cadenas.

Dentro de este panorama, toda la sociedad se hace cómplice. Porque los hombres libres, los jueces libres, que han establecido en sus leyes la abolición de la esclavitud, tienen que prestar asistencia, de acuerdo con la norma general, a los dueños de los esclavos, protegerles esa propiedad inhumana.

Con frecuencia el negro llegado a Washington, a Boston o New York, huyéndole a su despótico señor de Virginia o de Carolina es delatado ante las autoridades. Y ellas tienen que asegurarse de su persona, para que regrese a la esclavitud. Indirectamente el juez del Estado libre se convierte en cómplice de "negreros".

¿Podía eso tolerarse...? No tenía razón Lincoln cuando proclamaba que la justicia no puede parcelarse y que una cosa justa aquí, puede ser injusta en otro estamento federal...? El problema era de la nación. La nación entera tenía que resolverlo. O se identificaba con los esclavistas, o cumplía las consignas escritas en Filadelfia, y que hasta la hora de Lincoln constituían una irrisión.

LA LEY DE LOS ESCLAVOS FUGITIVOS

El filósofo inglés Bertrand Russell escribe un comentario objetivo y evidente sobre este aspecto cardinal del problema:

"En favor del Sur se votó una ley nueva más estricta contra los esclavos fugitivos. La cuestión de los esclavos fugitivos, posiblemente más que ninguna otra, demostró la verdad de la doctrina de Lincoln, según la cual la Unión no podía persistir si una mitad era esclavista y la otra libre. Cuando enunció por la primera vez esta opinión públicamente, en 1858, sorprendió a numerosas personas y fue el objeto principal de las críticas de Douglas en largos debates".

"Pero cuando los esclavos huían a los Estados libres, o cuando los negros libertos en el norte eran reclamados como esclavos, los habitantes de la región, donde se detestaba la esclavitud estaban obligados a uno de

estos dos caminos: o violar la ley, o hacerse cómplices de una acción que consideraban como de una crueldad indefensible. Muchos hombres que no se hubieran conmovido con los argumentos abstractos de los abolicionistas, no podían resolverse a abandonar a un negro en carne y en hueso, cuando lo tenían delante de los ojos. El ejemplo concreto era irresistible y la ley proponía a la conciencia nórdica, como ningún discurso contra la esclavitud pudo hacerlo. La legislación de los Estados Unidos a propósito de los esclavos fugitivos, comenzó con la constitución hecha por hombres que otorgaban mucha importancia al derecho de propiedad. La constitución decía que los esclavos fugitivos *deberían ser entregados a sus amos*, donde se encontrasen dentro de los Estados Unidos. Esa fue una de las ventajas que el Sur sacó al adherir a la Unión general. Esta cláusula de la constitución, fue hecha efectiva por una ley votada en 1793, según la cual el amo o el agente del amo, podían aprehender a dicho esclavo, conducirlo delante de un magistrado, obtener de él un certificado, y llevarse sus bienes. Toda persona que pusiera obstáculo a este procedimiento, podía ser castigado con una multa de 500 dólares.

El negro censado como esclavo no podía testimoniar en su propio favor. Se empleaban cazadores profesionales de esclavos, que con frecuencia encontraban menos fatigante atrapar cualquier hombre libre y jurar que era el hombre solicitado, más bien que cazar al negro que buscaban. De esto resultó que ningún negro se hallaba en seguridad antes de llegar al Canadá. Carlos Dickens en sus notas americanas describió la manera como funcionaba la ley antes de 1850:

“La opinión pública ha hecho esta ley. Se declara que en Washington, esa ciudad que tiene su nombre del padre de la libertad americana, todo juez de paz puede poner en prisión, no importa qué negro que encuentre en la calle. No hay necesidad de que exista ofensa de la parte del hombre negro. El juez dice: Yo decido que este hombre es un fugitivo. Y lo hago encerrar. Hecho esto, la opinión da el poder al hombre de ley, de anunciar al negro en los diarios, advirtiéndolo a su amo que puede venir a buscarlo. Si no lo hace será vendido para pagar los gastos de la prisión. Pero si es un negro libre que no tiene amo, ¿se puede tener el candor de creer que será libertado...? En manera alguna. Es vendido para recompensar a su carcelero. No tiene ningún medio para demostrar su libertad. No tiene consejero, ni ayuda de ninguna especie. No se adelanta ninguna encuesta. Puede haber sido un hombre libre, pero sin embargo es lanzado a la prisión sin proceso, sin crimen, sin semblanza de crimen y es vendido para pagar los gastos de la prisión”.

La constitución americana decía:

“La inmigración o importación de las personas, que cualquiera de los Estados actualmente existentes creyera conveniente admitir, no será prohibida por el congreso con anterioridad al año 1808. Pero podrá imponer un impuesto o derecho a dicha importación, que no excederá de diez dólares por persona...”.

Y el artículo sobre los esclavos fugitivos, que determinó la crisis final, dice:

"Ninguna persona sujeta al servicio o trabajo en un Estado, conforme a las leyes del mismo, cuando escapare a otro, quedará exenta a raíz de las leyes o reglamentos de este último, de dicho servicio o trabajo, *sino que será entregada a pedido de la parte a quien se deba dicho servicio o trabajo*".

Estas son las disposiciones contra las cuales se irguió Lincoln, en primera instancia como abogado y polemista. Después como presidente de la república. Conocidas sus opiniones, su elección fue considerada un desafío a las provincias esclavistas.

LA ESPADA CORTA EL NUDO

Los Estados del Sur amenazan. Habrán de separarse de la Unión, si se les exige la cancelación de la esclavitud. Adhirieron a ella con esa condición previa.

"La piedra angular de nuestro gobierno reposa sobre la gran verdad: el negro no es igual al hombre blanco, había dicho el expresidente de los Estados Unidos, Stephens. La esclavitud, la subordinación a la raza superior es su condición natural y normal. Nuestro gobierno es el primero en la historia del mundo que está basado en esa gran verdad física, filosófica y moral. La arquitectura de la sociedad está hecha de la materia juzgada necesaria por la naturaleza. Y por la experiencia sabemos que es mejor, no solamente para la raza superior sino para la raza inferior, que sea así. Esta situación está conforme con los decretos del Creador. No nos corresponde examinar ni poner en discusión la sagacidad de esos decretos. Por razones de El, ha hecho diferente una raza de la otra, así como ha hecho diferente por su brillo, una estrella de la otra..."

Esa voz esclavista, que predica el racismo, encuentra su contradictor en Lincoln. Al tomar solemnemente posesión de la Presidencia de la República, no ignora que la tempestad se aproxima, pero no pierde la serenidad ni el equilibrio. Tiene ahora en sus manos dos banderas: la unión de los Estados, la integridad de la nación americana. La redención de los esclavos.

"La Unión de estos Estados es perpetua. La perpetuidad está implícita en la ley fundamental de todos los gobiernos nacionales. La Unión es mucho más antigua que la constitución. Ningún Estado puede por su propia decisión salir legalmente de la Unión... Espero que esto no sea considerado como una amenaza, sino solo como el declarado propósito de la Unión de que se defenderá constitucionalmente y se mantendrá. En manos de ustedes, mis connacionales descontentos se halla la histórica decisión de la guerra civil. El gobierno no los agredirá. No habrá conflicto si no son ustedes mismos los agresores. Ustedes no han formulado ante el cielo ningún juramento en el sentido de destruir el gobierno, mientras que yo he jurado solemnemente que lo mantendré, protegeré y defenderé..."

La gran causa iba a decidirla las armas. Y esta vez la Providencia se hallaba del lado del Leñador.

Para medir el alcance y proyecciones de la obra de Lincoln, pensemos por un solo instante en lo que hubiera sido la historia americana, si sus enemigos hubieran triunfado. Imaginemos la Unión consolidada sobre el principio de la esclavitud y la injusticia voraz extendida a todos los Estados. ¿Cuál hubiera sido la suerte moral de esa nación...? ¿Cuál su autoridad ante el mundo...? Qué amenaza para su grandeza el llevar en su seno ese gusano roedor. Qué perspectiva para su porvenir el haber coronado la injusticia. En lugar del monumento levantado en Washington a la escuálida y magra figura del apóstol, se levantaría la del general Lee, con las botas de campaña sobre las espaldas de un pobre negro sojuzgado.

Esa es la significación de Lincoln. Una causa política fue defendida con un profundo sentido ético. Luchar contra la injusticia... No fue eso lo que aconsejó Sócrates a sus discípulos cuando dijo:

“Todo hombre que ha escogido un puesto que ha creído honroso, o que ha sido colocado en él por sus superiores, debe mantenerse firme y no debe temer ni la muerte. Todo hombre que quiera oponerse franca y generosamente a todo un pueblo y que se empeñe en evitar que se cometan iniquidades en la república, no lo hará jamás impunemente...”.

No se hace jamás el bien impunemente. No se lucha contra la injusticia impunemente. Eso lo sabía en sus meditaciones y en sus sueños el Leñador.

EL SUEÑO DE LINCOLN

Cuenta Carl Sandburg, en su extraordinaria biografía del presidente Lincoln, este extraño pasaje. Lincoln creía que los sueños tenían validez. Cuando tenía un sueño buscaba claves para interpretarlo.

En el mes de abril del año 65, en las veladas familiares, el Presidente se mostraba preocupado y sombrío. Sus oscuros pensamientos se paseaban por el noble y marchito rostro del Leñador. Su mujer le dijo:

—Tienes un aire terriblemente solemne. ¿Crees en los sueños...?

—No puedo decir que sí, contestó el Presidente, pero tuve un sueño la otra noche que desde entonces me está persiguiendo. Después del sueño he tratado de aplacar mi angustia con la lectura de la *Biblia*. Pero la primera vez que abrí la *Biblia*, por extraño que parezca, fue en el capítulo 28 del Génesis, que relata el sueño maravilloso que tuvo Jacob. Me volví a otros pasajes y siempre encontraba un sueño o una visión. Seguí volviendo las páginas del viejo libro y por todas partes mis ojos se posaban en pasajes que registraban asuntos extrañamente relacionados con mis propios pensamientos: visitas sobrenaturales, visiones...

El rostro del Presidente se hizo aún más sombrío. Un augurio funesto cruzó por la estancia. La señora de Lincoln exclamó:

—Me asustas... ¿Qué es lo que ocurre?...

Los amigos callan. El Presidente dice:

—Tengo miedo... Hice mal en mencionar este tema. Pero este asunto se ha apoderado de mí y como el espectro de Banquo no quiere irse de mi imaginación...

Luego empezó a hablar con lentitud, envuelto su rostro en las sombras de la melancolía:

—Hace unos días me acosté muy tarde. Me había quedado esperando los despachos importantes que debían llegar del frente. No hacía mucho que me había tendido sobre la cama cuando caí en una especie de sopor, porque estaba muy cansado. Pronto empecé a soñar.

—Parecía haber un silencio de muerte en torno de mí. Después escuché sollozos apagados, como si estuviera llorando, con pesadumbre, una multitud confusa de gentes. Sollozos. Me pareció que dejaba mi cama y bajaba las escaleras. Allí el silencio era quebrado por los mismos sollozos apenados. Pero no lograba ver a los dolientes. Anduve de cuarto en cuarto.

—No había ningún ser vivo a la vista. Pero los mismos gemidos dolorosos me seguían dondequiera que fuese. Todos los cuartos estaban iluminados. Todos los objetos me resultaban familiares.

—Pero, ¿dónde estaban todas esas personas que gemían, como si se les hubiera destrozado el corazón...? ¿Por quién lloraban...? ¿Cuál podía ser el significado de todo esto...? Yo estaba intrigado y alarmado. Quise buscar la causa de estos hechos misteriosos. Recorrí la Casa Blanca. Llegué hasta el salón oriental. Nadie salía a mi encuentro. Allí me esperaba una aterradora sorpresa.

—Delante de mí tenía un catafalco sobre el cual reposaba un cadáver envuelto en ropas funerarias. Alrededor de él montaban guardia los soldados. En aquel recinto vi a una multitud agobiada. Algunos contemplaban con pena el cadáver, cuyo rostro estaba cubierto. Otros sollozaban desesperadamente...

—¿Quién ha muerto en la Casa Blanca? —pregunté a uno de los soldados—. ¿Quién ha muerto en la Casa Blanca? El Presidente Lincoln fue su respuesta. ¡Lo ha matado un asesino!

—Entonces hubo una grande explosión de dolor de parte de la multitud. El coro lastimero me despertó de mi sueño. Esa noche ya no pude dormir más. Y aunque solo se trataba de un sueño, desde entonces me siento extrañamente oprimido por él...

—¡Eso es horrible!, —dijo la señora de Lincoln—.

BAJO LA CUPULA

Ahora lo vemos bajo el templo que la memoria agradecida de los americanos levantó en la capital de la república poderosa:

“Todo es blanco, todo es marmóreo, todo es pálido —escribe Alberto Lleras— desde la bóveda hasta el suelo. Y en el fondo está Lincoln, el honrado Abraham reposa en una silla que rodea, sostiene y acaricia su enorme cuerpo huesudo. Las dos manos gigantes caen al final de los brazos de la silla, huesudas, toscas, pero tremendas de expresión inquietante. Los pies también son grandes y las botas traducidas al mármol debieron ser de rudo becerro del Oeste. Del techo llega una luz, imprecisable en su origen que cae sobre la cabeza de Lincoln. Está echada hacia adelante, la barba un poco hundida en el pecho, los profundos ojos melancólicos y vagos, piadosos y decepcionados, mirando por encima de nosotros y por las columnas del pórtico hacia afuera. Está abstraído, lejano, perezoso en el exterior, agitado por dentro como en aquellos días de la primavera de 1861, en que muy cerca de aquí, sentado en los contrafuertes del río, veía por sobre las aguas, hacia Virginia, en el crepúsculo prenderse los fuegos del ejército del general Lee...”.

Y los visitantes, los negritos de Arkansas, los jóvenes americanos que llegan a Washington para hacer un juramento de fidelidad a su ambición, los turistas de la América española, los estudiantes de Harvard, los discípulos del doctor Luther King, los diplomáticos del Africa recién llegados a la ONU deletrean ante el taciturno padre de la nación americana, una a una, las palabras de su histórico discurso:

...“Esos muertos no han muerto en vano... Esta nación tendrá, bajo Dios, un renacimiento de la libertad. Y el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no desaparecerá de la tierra...”.